

LIBROS

El enigma de Joaquín Maurín

Joaquín Maurín, figura destacada en el movimiento obrero catalán, director de "La Batalla", fundador en 1931 del Bloque Obrero y Campesino, y, en 1933, del POUM (Partido Obrero de Unificación Marxista) es uno de los contadísimos diputados del Frente Popular que, detenidos en la llamada zona nacional en los comienzos de nuestra guerra civil, sigue con vida al finalizar la contienda. Continúa preso hasta 1946 en que es liberado luego de diez largos años pasados en cárceles y presidios. Trasladado a Francia en 1947, marcha poco después a los Estados Unidos, donde reside hasta fallecer en Nueva York en el mes de noviembre de 1973.

Maestro de profesión, hombre culto e inteligente, de palabra elocuente y pluma ágil, la vida de Maurín es una lucha permanente. Marxista convencido, documentado y polémico, trata en los años veinte de arrastrar a la CNT hacia la Tercera Internacional, fracasando en el intento. Más tarde se aleja del comunismo ortodoxo para figurar en cabeza entre los trotskistas hispanos. Su lucha contra la Dictadura primorriverista le vale unos años de encierro y otros tantos de exilio. Durante la República combate dialécticamente en distintos frentes, demostrando, junto a la amplitud de sus conocimientos, sus condiciones de polemista tanto en la tribuna como en la prensa. En 1936 es elegido diputado y el 18 de julio le sorprende en La Coruña, donde se propone realizar una campaña de propaganda del POUM.

Ni antes ni después de la guerra discute nadie las dotes políticas de Joaquín Maurín, la noticia de cuya supuesta muerte —que circula profusamente por la zona republicana sin ser oficialmente desmentida— es reci-

bida con hondo y sincero pesar. Pero el descubrimiento de que no ha muerto sirve años más tarde, en la clandestinidad y en el exilio, de razón o pretexto para ataques más o menos abiertos a su actuación durante los tiempos más azorosos y agónicos de su dilatada existencia. Para sus enemigos resultaba por lo menos extraño no ya su simple supervivencia, sino el hecho mismo de que, luego de conocida su verdadera personalidad, en la cárcel de Salamanca figurase oficialmente con el nombre supuesto —a ciencia y conciencia de las autoridades de que lo era— de Máximo Uriarte Ortega, de Portugaleta, cuyas iniciales, leídas a la inversa, forman precisamente el nombre del POUM.

Durante mucho tiempo, lo ocurrido a Maurín durante su angustiosa cautividad fue un enigma, en el que el propio interesado —probablemente por desprecio hacia calumnias y habladurías de sus enemigos ideológicos— nada hizo por aclarar. Ahora, un antiguo militante del POUM, que coincide con el líder trotskista en la cárcel de Salamanca y mantiene después una relación que no se interrumpe a



Maurín.

través de los años, trata de poner las cosas en su lugar en una obra recientemente editada por Cuadernos para el Diálogo en su colección Divulgación Universitaria, titulada precisamente "Maurín, gran enigma de la guerra y otros recuerdos".

En las 340 páginas de su libro, Manuel Sánchez Rodríguez nos cuenta, en prosa fluida y es-

tilo directo, la peripecia dolorosa de su existencia en los años de guerra y posguerra, que coincide en muchos puntos y no pocos encierros con la de Joaquín Maurín. Si sus avatares personales —más de tres años de vivir escondido, su paso a Portugal en 1940, su detención por la famosa Pide lusitana, su entrega a las autoridades españolas, su consiguiente encierro y condena a muerte— tienen interés y emoción, acaso su mayor importancia reside en presentarnos una parte de la otra cara de la moneda, señalando lo que fue la vida en Salamanca para los liberales durante la guerra y la triste suerte corrida por destacadas figuras de la política local en un ambiente obsesivo de miedo y terror que se prolonga de forma interminable para los supervivientes.

"Maurín, gran enigma de la guerra y otros recuerdos", se lee con interés y apasionamiento crecientes. Manuel Sánchez ha acertado a darnos una visión impresionante de la vida en la retaguardia nacional. Pero, como reconoce con absoluta honestidad, hay algunos puntos oscuros que no está en condiciones de aclarar con pruebas fehacientes y en los que ha de buscar una explicación a base de suposiciones. Que estas explicaciones no siempre sean totalmente convincentes cabe achacarlo a que si la ficción ha de parecer verosímil, la realidad puede permitirse el lujo de la inverosimilitud y mucho de lo ocurrido en nuestra guerra resulta difícil de admitir, aun siendo enteramente cierto.

Un leve defecto cabe señalar en la obra de Manuel Sánchez, debido al hecho de escribir su libro de memoria, sin consultar datos, fichas ni fechas. Esto le hace incurrir en errores fácilmente subsanables, como el supuesto pasaporte concedido al secretario de la UGT, José Rodríguez Vega, en época precisamente en que, tras cruzar clandestinamente la frontera, llevaba largos años residiendo en Francia. En cualquier caso, el libro es interesante y aleccionador al presentarnos aspectos de la vida nacional en los últimos cuarenta años, poco o nada conocidos por la generalidad de los españoles. ■ E. GUZMAN.

Todos fuimos culpables

Paulatinamente, el goteo de libros de difusión autorizada, procedentes de nuestros medios del exilio, se ha ido incrementando en los últimos meses. Todavía no hemos visto en las librerías españolas volúmenes valiosos, como El P. S. O. E. en las Cortes Constituyentes de la II República (Méjico, 1969, obra de Enrique López Sevilla) o La C. N. T. en la revolución española, de José Peirats (París, 1971), pero otros títulos van difundándose. Por no mencionar el caso de Azaña, es aún reciente la distribución de Dentro y fuera del Gobierno, los discursos parlamentarios republicanos de Indalecio Prieto, que ha editado en Méjico hace unos meses Ed. Oasis. Y, a los tres años de su impresión, el lector español puede, si tiene alguna fortuna, descubrir Todos fuimos culpables, el libro de memorias redactado por el político socialista Juan Siméon Vidarte (1).

Vidarte, que vive exiliado hoy en Méjico, fue un observador privilegiado de la Segunda República. Extremeño, de familia acomodada, abogado, socialista y masón, figuró, primero, en la Ejecutiva de las Juventudes Socialistas y, más tarde, en la del PSOE a partir de 1932, cabiéndole en suerte, por el encarcelamiento generalizado de dirigentes tras la revolución de Octubre, desempeñar la secretaría legal del partido a lo largo de 1935. En las Cortes Constituyentes de la República había sido diputado socialista por Badajoz y primer secretario de la cámara que presidía Julián Besteiro. En los sucesos de Castilblanco actúa en defensa de los inculpados, al lado de Jiménez de Asúa y de Rodríguez Sastre, "defensores del pueblo". En marzo de 1935 participa en la definición "centrista" del PSOE escribiendo a Prieto en el sentido de favorecer la alianza con los republicanos de izquierda. Como es lógico, se opone al socialismo revolucionario de Largo Caballero, interviniendo en la votación

(1) Juan Siméon Vidarte: Todos fuimos culpables. Testimonio de un socialista español. Tezontle. Fondo de Cultura Económica. Méjico, 1973. Precio: 1.000 pesetas.